

San Juan Crisóstomo

LA NEGACIÓN DE SÍ, CONDICIÓN DEL SEGUIMIENTO DE JESÚS

Entonces... ¿Cuándo? Cuando Pedro le hubo dicho: Séate Dios propicio, Señor, que tal cosa no te suceda. Y el Señor le contestó: Vete detrás de mí, Satanás. Porque no se contentó con la reprensión solamente, sino que, queriendo ponernos delante lo absurdo de las palabras de Pedro y las ventajas del sufrimiento, prosigue: "Tú me dices: Dios te sea propicio y no permita que tal te suceda. Pues bien, yo te digo a ti que no sólo el oponerte a mi pasión y molestarte de ella es cosa para ti dañosa y funesta, sino que ni salvarte podrás si tú mismo no estás dispuesto para morir en cualquier momento". Por que no pensaran que el padecer era cosa indigna de Él, no sólo por lo que precede, sino por lo que sigue también, los instruye sobre la excelencia del sufrimiento. Ahora bien, en Juan dice: Si el grano de trigo no cae a la tierra y muere, se queda él solo; pero si muere, produce mucho fruto; mas aquí, tratando el tema más ampliamente, no sólo refiere sus palabras a la necesidad que tiene Él mismo de morir, sino también cuantos le quieran seguir. Tanta es—parece decir—la ganancia que hay en ello, que, aun en vosotros, el no querer morir es un mal; mas el estar dispuestos a la muerte, un bien. Mas esto lo pone de manifiesto en lo que sigue; por ahora, sólo trata de una parte. Y mirad cómo no pone necesidad en sus palabras. Porque no dijo: "Queráis o no queráis, tenéis que pasar por ello". ¿Pues qué dijo? Si alguno quiere venir en pos de mí. Yo no fuerzo ni obligo a nadie. Libre dejo a cada uno de su propia determinación. Por eso digo: Si alguno quiere. A bienes os llamo, no a males y molestias, no a castigo y suplicios, para que tenga que forzaros. La naturaleza misma de la cosa es bastante para atraeros. Al hablar así el Señor, aun los atraía más, pues sabemos que muchas veces el que quiere forzar, más bien retrae; más el que deja al oyente dueño de su decisión, se lo gana mejor. La dulzura es más fuerte que la violencia. De ahí que el Señor dijera: Si alguno quiere. Porque grandes son—parece decirnos—los bienes que os ofrezco, y tales que habríais de correr voluntariamente a ellos. Si uno te ofreciera una cantidad de oro o te pusiera delante un tesoro, no tendría por qué llamarte a la fuerza. Pues si al oro y al tesoro no tenéis que correr a la fuerza, mucho menos a los bienes del cielo. Porque si la cosa misma no te invita a correr hacia ella, tampoco eres digno de recibirla; ni, aunque la recibas, te darás cuenta cabal de su valor. Por eso Cristo no nos fuerza, sino que nos exhorta por miramiento a nosotros mismos. Como notaba que sus discípulos cuchicheaban mucho entre sí, turbados que estaban por sus palabras, El les dice: No hay por qué turbaros y alborotaron. Si no creéis que lo que yo os digo es causa de bienes infinitos, cumplido no sólo en mí, sino también en vosotros, yo no os fuerzo: Si alguno quiere venir en pos de mí, a éste llamo. Porque no vayáis a pensar que eso que ahora hacéis siguiéndome, ése es mi verdadero seguimiento. Muchos trabajos, muchos peligros tenéis que pasar si habéis de venir en pos de mí. Porque, cierto, Pedro, no porque me hayas confesado por Hijo de Dios, debes por eso solo esperar la corona, y pensar que ello te basta para tu salvación y que puedes ya en adelante estar tranquilo, como si ya lo hubieses hecho todo. Yo puedo, ciertamente, como Hijo que soy de Dios, no

dejar que tengas tú que experimentar trabajo alguno; pero no lo quiero, precisamente en interés tuyo, a fin de que tú también pongas algo de tu parte y tu gloria sea mayor. Si un agonoteta o presidente de los juegos olímpicos tuviera un atleta amigo suyo, no querría coronarle por pura gracia, sino que sus trabajos merecieran su corona, y eso por la principal razón de ser amigo suyo. Así también Cristo: a quienes Él particularmente ama, éstos particularmente quiere que se distingan por su propio esfuerzo y no sólo por la ayuda que El les presta. Pero mirad, por otra parte, cómo suaviza el Señor sus palabras. Porque los trabajos no los circunscribe exclusivamente a los apóstoles. No, el Señor sienta una doctrina común para la tierra entera cuando dice: "Si alguno quiere, mujer o varón, gobernante o gobernado, por este camino tiene que entrar". Por lo demás, parece decir una sola cosa en su sentencia, y en realidad dice tres: negarse a sí mismo, tomar la cruz y el final: Y sígame. Las dos primeras se traban entre sí; pero la última la pone independiente y por sí.

QUÉ SIGNIFICA NEGARSE A SÍ MISMO

Pues veamos primeramente qué quiere decir negarse a sí mismo. Sepamos ante todo qué es negar a otro, y entonces veremos claramente qué significa negarse a sí. ¿Qué es, pues, negar a otro? El que niega a otro, por ejemplo, a un hermano, a un esclavo o a cualquier otra persona, aun cuando lo vea azotado, encadenado o conducido al suplicio, o que sufre cualquier otra desgracia, ni le asiste ni le ayuda ni le llora, ni le tiene compasión alguna, una vez que le considera como extraño. De este modo, pues, quiere el Señor que no tengamos consideración alguna con nuestro cuerpo. Aun cuando nos lo azoten, aun cuando nos lo destierren, o lo quemen, o le hagan sufrir otro cualquier tormento, no le tengamos consideración ninguna. Y ésta es justamente la mejor consideración que le podemos tener. Los padres, cuando mejor consideración tienen con sus hijos es cuando, al entregárselos a los maestros, les mandan que no les tengan consideración ninguna. Así también Cristo. No dijo que no nos tengamos miramiento alguno a nosotros mismos, sino con más intensidad todavía, que nos neguemos a nosotros mismos. Es decir, no tengamos nada que ver con nosotros mismos, sino entreguémonos a los peligros y combates y pongámonos en la misma disposición de ánimo que si fuera un extraño quien sufre todo eso. Y notemos que originariamente no dijo sólo: Niéguese, sino: Reniéguese, dando a entender, por esta leve adición, el extremo a que hay que llevar nuestra propia negación. Porque no hay duda que más es renegar que negar.

TOMAR LA CRUZ, OTRA CONDICIÓN DEL SEGUIMIENTO DEL SEÑOR

Y tome su cruz. Lo uno se sigue de lo otro. No pensemos que la negación de nosotros mismos ha de llegar sólo a las palabras, injurias y agravios. No. El Señor nos señala hasta dónde hemos de negarnos a nosotros mismos: hasta la muerte, y hasta la muerte más ignominiosa. De ahí que no dijo: "Niéguese a sí mismo hasta la muerte", sino: Tome su cruz, que era señalarnos la más ignominiosa de las muertes y que esto no hay que hacerlo una ni dos veces, sino durante la vida entera. Lleva—nos viene a decir—por todas partes la muerte y está preparado cada día para derramar tu sangre. Muchos han

despreciado las riquezas, el placer y la gloria; pero no llegaron a despreciar la muerte y arrostrar sin miedo sus peligros. Pero yo—nos dice el Señor— quiero que mis seguidores, mis atletas, luchen hasta el derramamiento de su sangre, que bajen a la arena dispuestos al degüello. De suerte que, aun cuando haya que arrostrar la muerte y muerte ignominiosa y muerte maldecida y por mala sospecha, todo hay que soportarlo generosamente y hasta regocijarse por ello.

Y sígame. Cabe padecer y, sin embargo, no seguir al Señor, cuando no se padece por causa suya, como los bandidos, los violadores de sepulcros y hechiceros, que sufren, si se los coge, muchos y duros suplicios. Por que nadie, pues, pensara que basta simplemente sufrir, el Señor añade la causa por que hay que sufrir. ¿Que causa es ésta? Que todo se haga y se sufra por seguirle; que todo se soporte por amor suyo; que juntamente con el sufrimiento se practiquen las otras virtudes. Realmente, eso es lo que nos declara la palabra Sígueme. No basta mostrar valor en los trabajos, sino que hay que practicar también la castidad, la modestia y toda la otra filosofía de la vida. Porque seguir al Señor como se le debe seguir es no sólo sufrirlo todo por su amor, sino aplicarse también a la práctica de las otras virtudes. Porque hay quienes, siguiendo al diablo, padecen lo mismo que nosotros y por amor del diablo entregan hasta sus vidas; pero nosotros lo sufrimos por amor de Cristo, si bien fuera mejor decir que por amor de nosotros mismos. Los seguidores del diablo sufren para su daño, en esta y en la otra vida; nosotros, para ganarnos esta y la otra vida. ¿No sería, pues, cobardía extrema que no diéramos nosotros pruebas de un valor parejo al de esos que se pierden, cuando tan gloriosas coronas esperamos? Aparte que a nosotros nos viene a ayudar Cristo y a aquéllos no les ayuda nadie. Notemos, por otra parte, que ya antes había el Señor dado este precepto cuando, al enviar a sus apóstoles, les dijo: No vayáis por el camino de los gentiles. Yo os envío como ovejas en medio de lobos... Y: Seréis conducidos delante de los gobernadores y de los reyes...' Mas ahora lo encarece de modo más eficaz y serio. Porque entonces sólo habló de muerte; pero aquí hace mención de la cruz, y de cruz continua: Tome—dice—su cruz; es decir, llévela y sopórtela sobre sí mismo. Es lo que suele hacer el Señor siempre: para no espantar a sus oyentes. sus mandatos mayores no los presenta desde el principio ni de golpe, sino suavemente y por sus pasos contados.

LA SALVACIÓN DEL ALMA, PREMIO DEL SEGUIMIENTO DEL SEÑOR

Ahora, como al parecer había algo de dureza en sus palabras, mirad cómo las suaviza en lo que sigue y pone premio muy por encima del trabajo. Y no sólo señala los premios de la virtud, sino también los castigos de la maldad. La verdad es que insiste más en éstos que en aquéllos, pues al vulgo no le sofrenan tanto los bienes que se le prometen como el castigo con que se le amenaza. Mirad, pues, cómo por aquí empieza y aquí termina: Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; mas el que por amor mío perdiere su propia vida, la salvará. Porque ¿qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero, si sufre daño en su vida? ¿Y qué compensación dará el hombre a cambio de su vida? Que es como si dijera: Si yo os mando tomar la cruz y negaros a vosotros mismos, no es porque no mire por vosotros, sino

más bien porque miro de modo muy señalado. El padre que tiene contemplaciones con su hijo, lo echa a perder; pero el que no se las tiene, ése lo salva. Allá lo dijo también un sabio: Si le pegas a tu hijo con la vara, no lo matarás; en cambio, librarás su alma de la muerte. Y otro: El que mima a su hijo, le atará las heridas'. Lo mismo sucede en un ejército: si el general, por contemplación con los soldados, les permite estar continuamente dentro de las casas, echa a perder a los de casa y a los soldados. Así., pues —prosigue el Señor—, por que no os acontezca también a vosotros eso, es menester que estéis preparados para morir a cada momento. A la verdad, también ahora va a encenderse una dura guerra. No os quedéis, pues, dentro de casa, sino salid a campaña y pelead. Y si caes en el combate, entonces es cuando vives. Porque si, en las guerras materiales, el soldado que está pronto siempre a morir es más glorioso que los otros, se le hiere menos y siembra el terror entre los contrarios —y eso que, si muere, el emperador por quien ha luchado no tiene poder de devolverle la vida—, mucho más en estas guerras del espíritu, en que tantas esperanzas tenemos de la resurrección, el que exponga su vida a la muerte, ése será el que la salve. Primero, porque no será fácil que sea herido; segundo, porque, si cayere, alcanzará vida más alta.

HOMILIA 55

(San Juan Crisóstomo, Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (46–90), Tomo II, BAC, Madrid, 1956, Pág. 156-163)